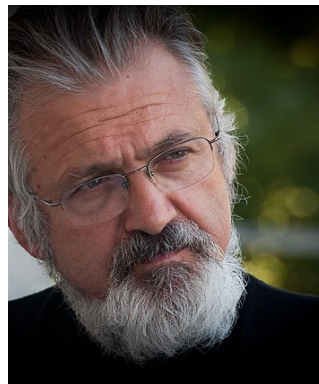


Entrevista a Miguel Vázquez Freire

Entrevista de Luis Cifuentes y Javier Méndez



Primeramente nos gustaría que nos contara su recorrido profesional y su trabajo actual. Un poco saber quién eres, qué haces y a qué te dedicas.

Estudié los dos primeros cursos de la vieja carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de Santiago de Compostela y luego la especialidad de Filosofía en la Complutense. Antes de concluir la carrera comencé a trabajar como profesor de cine en SOAP, una empresa que ofrecía diversas actividades a centros escolares. Posteriormente, estuve un año como profesor de una guardería (entonces se llamaban así las Escuelas Infantiles) y otros dos dirigiendo una revista gráfica enfocada a niños prelectores en la editorial ESCO de Madrid, ya desaparecida. Esta trayectoria es

relevante porque, cuando apruebo las oposiciones y en el curso 1979-1980 me incorporo como profesor de Filosofía a un instituto de bachillerato de Ferrol, seguí manteniendo un compromiso con la educomunicación o alfabetización en la imagen y con la literatura para la infancia, lo que me aporta una particular sensibilidad pedagógica. En Madrid había formado parte del movimiento de renovación pedagógica (MRP) Acción Educativa y en Galicia seré uno de los miembros fundadores de Nova Escola Galega. Todo eso lo incorporé a mi modo de entender la enseñanza de la Filosofía, lo que me llevará a promover, junto con otros colegas, los grupos de Didáctica de la Filosofía Enxergo y Nexos. En la actualidad, soy catedrático jubilado aunque continúo colaborando

con mis compañeros y compañeras de Nexos en la organización de actividades de formación y en diversos trabajos de investigación y divulgación.

¿Por qué es importante la enseñanza de la Filosofía?

Con frecuencia se reclama la importancia de la Filosofía considerándola indispensable para la democracia, aserto simplificador que parece olvidar que Platón tuvo mucho que ver con la mala fama que arrastró la democracia durante siglos, o que dos países con una prolongada tradición democrática, Gran Bretaña y Estados Unidos, nunca han incorporado los contenidos filosóficos al currículo de las enseñanzas medias que sí estuvieron presentes, por ejemplo, en el bachillerato portugués y español durante sus largas dictaduras. Esto no quiere decir que yo no crea en esa importancia, sino que esta debe ser argumentada poniendo el acento en los dos elementos esenciales que el saber filosófico proporciona: el pensamiento crítico y la orientación cara a formas de organización de las ideas superadoras de la fragmentación que caracteriza a las ciencias particulares. En este sentido, sí puede decirse que la Filosofía es indispensable para la formación de una ciudadanía crítica y participativa, y que sin esta no es viable una democracia de-

liberativa, en la que la ciudadanía juzga las opciones políticas a partir de los mejores argumentos. Por ello tampoco me convencen las propuestas de defensa de la Filosofía que, pretendiendo oponerse a cierta deriva pragmatista de los currículos educativos, hablan de la “utilidad de lo inútil”. No creo que de ese modo vayamos a ganar el debate social a favor del mantenimiento de los contenidos filosóficos en el currículo escolar.

Según su criterio, actualmente, en la Universidad, ¿se enseña para ser un profesional de la Filosofía o de la enseñanza de la Filosofía? ¿Cómo es la formación del profesorado de Filosofía? ¿Considera que es la adecuada? ¿Qué cambios habría que hacer?

Creo que no descubro nada al decir que esa formación adolece de una absoluta carencia en lo que respecta a la formación didáctica. En las Facultades de Filosofía se enseña Filosofía, pero no a enseñar Filosofía. Esa carencia obviamente no la compensaba el viejo CAP (Curso de Adaptación Pedagógica) y tampoco lo hace el actual Máster de Formación del Profesorado. Persiste en la mayoría del profesorado de Filosofía, tanto universitario como de enseñanza media, el prejuicio según el cual, parafraseando el título de un viejo ensayo pedagógico (Fernando Hernández y Juana Sancho, 1989), para enseñar basta

con saberse los contenidos de la asignatura. Tampoco creo que esa carencia se corrija aplicándole el barniz de algunos tópicos generales tomados de la Pedagogía general o de la Psicopedagogía. Creo que la enseñanza de la Filosofía reclama el desarrollo de sus propios fundamentos didácticos y que la investigación en ese campo debería incorporarse como una línea más de investigación dentro de las Facultades de Filosofía, cosa que no ocurre en la actualidad. Mientras no sea así, no es de extrañar que, como me consta que sucede a menudo (quizás en la mayoría de los casos) las horas dentro del Máster dedicadas a la didáctica especial o específica no proporcionan lo que pretenden ofrecer. Y no lo hacen, ni lo podrán hacer, mientras el profesorado de las Facultades que lo imparte no se haya formado previamente en esa didáctica especial que por el momento sigue despreciando.

Quizás merezca la pena añadir una última puntuación: puesto que la salida profesional de la mayoría de los licenciados en Filosofía es la enseñanza, y en particular la enseñanza no universitaria, el prejuicio antididáctico es insostenible. Y que las Facultades no se apresuren a corregirlo cuando están obligadas a formar y seleccionar el profesorado que ya en este momento está impartiendo los Máster de Formación del Profesorado, cuya matrícula no es

precisamente gratuita, equivale a un fraude para el alumnado matriculado.

¿Por qué cree que muchos profesores universitarios de Filosofía desprecian todas las aportaciones de la pedagogía y de la didáctica de la Filosofía que puedan mejorar su práctica docente?

Esta no es una pregunta que se pueda responder fácilmente. Requeriría un estudio que probablemente no se haya hecho aún en profundidad y una extensión que el formato de la entrevista no permite. Aquí solo puedo apuntar algunas líneas muy concentradas. Lo primero es constatar que de hecho la Filosofía nace, con Platón, de forma inseparable de su enseñanza. Probablemente esto contribuye a reforzar la idea de que la Filosofía ya incorpora de por sí su propia didáctica, lo cual, desde luego, no es de todo falso. Es así como se oye decir que con el diálogo socrático ya se agotó todo lo que el buen profesor de Filosofía necesita para enseñarla. La cita de Kant de que no se puede aprender Filosofía sino aprender a filosofar se ha venido usando también en parecido sentido. Lo que sorprende es que estas citas, con su pretendido corolario de que ellas justificarían la no necesidad de una complementaria formación didáctico-pedagógica, se asuman sin una paralela reflexión crítica, convirtién-

dolas en algo así como una dogmática inapelable.

¿Cómo debería enseñarse la Filosofía en las enseñanzas no universitarias?

De nuevo se trata de una pregunta que no admite una respuesta que quepa en los límites de una entrevista. Me limitaré a señalar algunas malas prácticas que habría que desterrar, y otras, positivas, que introducir o reforzar. Entre las primeras, hay algunas que son comunes a todo el profesorado de enseñanza media, como la persistencia de las clases magistrales como modelo de enseñanza dominante (cuando no exclusivo) y los exámenes como único procedimiento evaluador, lo que redundando en un aprendizaje memorístico que contradice el objetivo, consustancial a la filosofía, de promover el desarrollo de un pensamiento autónomo y crítico. Entre las segundas, de forma sumaria yo diría que es preciso favorecer actividades que permitan que las aulas se conviertan en auténticos espacios de investigación y creación filosóficas, rompiendo con el viejo modelo de la enseñanza “bancaria” que tanto criticó Paulo Freire. Siguiendo a Michel Tozzi, el alumnado debe disponer de la oportunidad de desarrollar actividades de problematización (abrirse a la duda, proponer preguntas, elaborar nuevos

problemas) y de conceptualización (construir definiciones, clarificar las distinciones conceptuales) que le capaciten para argumentar de forma competente. Finalmente, no creo que exista, o sea necesario aspirar a que exista, un único modelo didáctico. Creo que pueden coexistir varios modelos didácticos, y por lo tanto varias modalidades de enseñanza de la Filosofía, incluso en un mismo profesor, no contradictorias entre sí, sino complementarias.

¿Debería haber una formación específica en didáctica para los futuros profesores de Filosofía?

En respuestas anteriores queda perfectamente claro que, en mi opinión, la respuesta solo puede ser un sí. Que incluso buena parte, probablemente la mayoría, del profesorado no universitario hoy en ejercicio no lo crea necesario seguramente quiere decir que comparte la misma dogmática acrítica que atribuí al profesorado universitario. Por otro lado, hay unas inercias comunes a todo el viejo profesorado de bachillerato que, a partir de la LOGSE, se vieron cuestionadas y ese cuestionamiento ha dado lugar a un movimiento reactivo, con gran predicamento en el profesorado de enseñanza media, que adopta la forma de un discurso antipedagógico. Ese odio a la pedagogía es, en mi opi-

nión, un intento absurdo y desesperado por aferrarse a los privilegios del profesorado del antiguo bachillerato que la ampliación democratizadora de la escolarización ha hecho inviables. Para el viejo profesor o profesora, instalado en su distante cátedra e imbuido de una autoridad incuestionable, la formación didáctica era perfectamente prescindible. Para el nuevo profesorado, afortunadamente, eso ya no se puede sostener.

¿De qué modo pueden ayudar las nuevas tecnologías a mejorar la práctica docente del profesorado de Filosofía en Secundaria y Bachillerato?

Al hablar de mi trayectoria anterior a la específica como profesor de filosofía, señalé mi compromiso con la alfabetización audiovisual, que ahora se ha pasado a denominar mediático-digital. Soy, por lo tanto, sensible desde prácticamente el inicio de mi actividad docente, en el ya lejano año de 1972, a la incorporación de los nuevos medios (ahora las llamadas nuevas tecnologías) a la enseñanza en general, también a la enseñanza en particular de la Filosofía. Ahora bien, su uso debe responder a criterios didácticos debidamente justificados, lo que no siempre es el caso. Por poner dos ejemplos de mal uso, organizar la proyección de una película con contenidos más o menos filosóficos

porque va a resultar más “atractiva” o motivadora para el alumnado, no me parece una buena justificación; el típico uso del *power point* como sustituto de la pizarra, manteniendo el modelo de clase unidireccional (el profesor o profesora explica, el alumnado se limita a escuchar y tomar nota), no implica ninguna innovación respecto de las clases tradicionales. Como posible alternativa en positivo, me limitaré a poner un ejemplo, tomado de mi propia experiencia: para ilustrar la teoría de Kohlberg del desarrollo moral, que me servía para explicar la diferencia entre relativismo y universalismo moral, seleccioné fragmentos de películas a partir de las cuales el alumnado, trabajando en grupos, identificó los dilemas morales a los que se enfrentaban los personajes, y en qué estadio y nivel moral podían ser ubicados en función de su comportamiento. Finalmente, cabe señalar que existen análisis críticos sobre los nuevos medios que es preciso tomar en cuenta para no caer en la ingenuidad de pensar que por sí solos ya constituyen una mejora. Citaré solo dos líneas, dentro de un conjunto de obras que forman ya una muy extensa bibliografía. No estoy de acuerdo con la tesis apocalíptica (en el sentido del título de la célebre obra de Umberto Eco) de Neil Postman según la cual la televisión, y por ende los medios audiovisuales, *per*

se implican una epistemología contraria a la propia de la tradición filosófica occidental, fundada en la discriminación entre verdad y falsedad, aunque creo que en su crítica hay aspectos muy convincentes (ver *Divertirse hasta morir: El discurso público en la Era del "Show Business"*, 2001). Pero convertir los centros de enseñanza, como él proponía, en reductos libres de toda presencia de los nuevos medios no solo me parece a la larga difícilmente viable sino contraproducente. Por el contrario, trabajos como los que desde hace unos años viene desarrollando Javier Echeverría (desde *Telépolis*, 1994, a *Entre cavernas. De Platón al Cerebro pasando por Internet*, 2013) proponen un enfoque crítico que encuentro más justificado.

El profesorado de Filosofía ha tenido que luchar mucho por la permanencia de la filosofía en los planes de estudio ¿considera usted también que es necesario mantener las materias filosóficas tanto en la ESO como en el Bachillerato? ¿y en la FP y la enseñanza primaria?

Creo que es un error afrontar el problema de la presencia de la Filosofía en el currículo de la enseñanza no universitaria exclusivamente en términos de mantener o no unas determinadas asignaturas. Me parece evidente que el sistema educativo, no solo en España,

lleva años sometido a una crisis debido a problemas estructurales que ahora mismo no vamos a poder analizar. En el marco de esa crisis, es preciso reconocer que en España (como en Portugal, Francia o Italia, por citar países con una tradición curricular, si no común, muy próxima) la Filosofía ha venido ocupando un lugar de cierto privilegio que con las últimas reformas educativas se ha visto afectado. Por ello, me parece importante que la defensa de contenidos filosóficos en los nuevos currículos, que ya he dicho que considero muy importante para una enseñanza democrática, no se asocie con la simple defensa de los viejos currículos. Dicho esto, hoy por hoy me parece justo defender las asignaturas vinculadas a la Filosofía en la ESO y el Bachillerato, mientras que no considero que sea imprescindible la existencia de materias específicas en FP y Primaria. Sí me parece que determinados contenidos filosóficos (por ejemplo, relacionados con la argumentación lógica o con la filosofía moral y política) deberían estar presentes en el currículo tanto de FP como Primaria, pero que esa presencia no tendría por qué necesariamente adoptar la forma de materias o asignaturas específicas.

Por último y teniendo en cuenta sus inicios en la enseñanza infantil, ¿qué piensa de la Filosofía para niños y niñas?

Confieso que, en un primer momento, cuando no la conocía bien, fui escéptico respecto del movimiento de Filosofía para Niños que puso en marcha Matthew Lipman. A medida que fui leyendo los textos de Lipman o los que publicó en España Félix García Moriyón, y conocí directamente las experiencias de colegas como Carme Loureiro y Jesús Merino, que en Vilagarcía de Arousa mantienen un grupo de Filosofía para Niños muy activo, mi escepticismo desapareció. Hoy creo que su idea de que desde las primeras edades se pueden construir comunidades educativas dialógicas que, aprovechando la curiosidad innata en la infancia, promuevan espacios de investigación y reflexión y fomenten el uso de la argumentación respetuosa y fundada racionalmente, ha sido suficientemente corroborada por múltiples prácticas. El valor de esas prácticas es en muchos caos, además, extrapolable para su aplicación en las etapas educativas superiores.

¿Podría decirse entonces que el movimiento de Filosofía para Niños puede considerarse una aportación valiosa en el ámbito de la didáctica de la Filosofía?

Sin duda. Lipman es una de las figuras de referencia en la didáctica de la Filosofía, que debe colocarse al lado de otros nombres que, por otra parte, desgraciadamente no son muchos, otro reflejo de la escasa atención que se le ha venido prestando desde la investigación filosófica.

¿Qué otras aportaciones destacaría?

Si dejamos al lado las reflexiones de filósofos y filósofas sobre la educación en general, donde el número es mayor (y sus consideraciones, naturalmente, pueden tener incidencia en la reflexión sobre la enseñanza específica de la Filosofía), no hay muchos nombres cuyas contribuciones hayan reunido una atención y consenso generalizados. El alemán Ekkehard Martens publicó un manual de Didáctica de la Filosofía a comienzos de los años 80 que tuvo una importante repercusión, también en España, donde fue traducido al catalán. Antes citaba al francés Michel Tozzi, que probablemente sea hoy el de mayor influencia y quien, por cierto, promueve la Filosofía para Niños como modelo didáctico para una ampliación de los

contenidos filosóficos a las primeras etapas educativas, además de reivindicar la presencia de la Filosofía en los espacios urbanos mediante iniciativas como el *café-philo* (recomiendo visitar su página web: www.philotozzi.com). El grupo belga Philocité se mueve en una línea muy próxima (<https://www.philocite.eu/>). En España, el impulso de las reformas educativas favoreció la aparición de muy interesantes propuestas, como la de Domínguez Reboiras y Orio de Miguel, César Tejedor, el Grupo valenciano Embolic o Ignacio Izuzquiza. En esa senda, quizás la última contribución relevante haya sido la coordinada por Luis María Cifuentes y José María Gutiérrez, editada por Graó (2010). Quiero terminar destacando el trabajo de un colega portugués, Joaquim Neves Vicente, que en mi opinión es el esfuerzo más completo hasta ahora publicado para afrontar la cuestión de la fundamentación de una didáctica de la filosofía (*Didáctica da Filosofia. Aparentamentos e materiais de apoio às aulas*, 2005. Puede descargarse gratuitamente en www.paginasdefilosofia.net).